

## LA ESCENA REPRESENTA MADRID\*

ERNESTO CABALLERO

RESAD

DESDE el Siglo de Oro hasta nuestros días son innumerables las obras cuya acción se desarrolla en Madrid. Desde las comedias de capa y espada de los autores áureos hasta las más recientes obras de nuestros dramaturgos de hoy. Ventanas prodigiosas que nos acercan a otras épocas, pinturas inspiradas en una realidad trascendida que, en ocasiones, termina trazando una ciudad que nunca existió, un espacio evocado: Madrid ciudad teatral ella misma, versátil espacio de representación, de apariencias y telones pintados, con sus constantes y sorprendentes mutaciones...Madrid ciudad inventada por el teatro.

Y es así que si fuéramos saltando de obra en obra podríamos ir asistiendo a los cambios tanto ambientales como sociales experimentados por nuestra ciudad a lo largo del tiempo. Cambian los espacios escénicos, cambia el espacio real y, por tanto, cambia la relación entre ambos.

Quisiera proponerles un pequeño juego de imaginación: supongamos que doña Ángela, la inquieta viuda de la célebre comedia *La dama duende* escapa del encierro al que la tienen sometida sus hermanos y sale a un Madrid en fiestas por el bautismo del príncipe heredero, a un Madrid esplendoroso, capital y Corte barroca, escenario para la exaltación de la monarquía, con su profusión de edificios religiosos y sus picarescas inmobiliarias, las famosas casas a la «malicia». Imaginemos que Doña Ángela llegara a traspasar la barrera que delimita la ficción de la comedia calderoniana y terminara haciendo su entrada en la propia realidad histórica de aquel Madrid de los Asturias. ¿Qué se encontraría?

---

\* Recibido: 2/mayo/2009. Aceptado: 10/junio/2009.

Probablemente, un Madrid no menos ilusorio, con un gran despliegue de arquitecturas efímeras erigidas para tan gran ocasión: hallaría la ciudad engalanada con tapices, colgaduras, carros con alegorías mitológicas aludiendo a la grandeza de la Monarquía, etc... Un portentoso espectáculo callejero en sintonía con las primeras representaciones que empezaban a llevarse a cabo a techo cubierto, en nuevos y fastuosos espacios teatrales como el famoso Coliseo del Buen Retiro. Un Madrid mágico, quimérico, irreal...

Pero también descubriría un Madrid menos excelso: aquel que describió el nuncio que llegara a ser el Papa Pablo V tras una de sus visitas a la Villa:

La ciudad sería hermosa si no fuere por el fango y las porquerías que tiene. Está situada en colinas y, en muchos lugares, llena de cuestas. Las casas son malas y feas y hechas casi todas de tierra y, entre las otras imperfecciones, no tiene aceras ni letrinas: por lo que todos hacen sus necesidades en los orinales, los cuales tiran después a la calle, cosa que produce un hedor insoportable.

Sí, podríamos imaginar a nuestra dama tracista evadida de su obra infringiendo todas las lógicas espacio temporales pues como buena criatura nacida para el teatro le ha sido concedida la facultad de enredar a su antojo con el tiempo y con el espacio, en este caso, con el tiempo y con el espacio de Madrid...

Doña Ángela, en el Madrid de las maravillas, saltándose a la torera épocas y prosenios.

Finalmente nuestra dama ha logrado regresar al corral del Príncipe mas, cuando intenta reintegrarse a la acción de su obra, sucede que allí ya no se representa aquella comedia de don Pedro. Ha llegado con más de cien años de retraso.

El corral ahora es el Gran Coliseo del Príncipe, construido sobre el antiguo local, allí se anuncia una extraña obra en prosa titulada *La comedia nueva*.

Doña Ángela ocupa plaza en la cazuela compartiendo bancada con otras mujeres de muy distinta indumentaria aunque de idénticos bríos de los que se gastan las mujeres de su remoto siglo. Todo ha cambiado: la arquitectura, los oyentes y las figu-

ras que tiene delante, tipos que encarnan unos actores cuya forma de interpretar le desconcierta en extremo; ni siquiera hablan en verso. Pero aún así, entiende que la acción de aquella insólita comedia también se desarrolla en Madrid, y se solaza con los dos personajes femeninos que aparecen pues le resultan vagamente familiares: doña Agustina, la bachillera marisabidilla, y Mariquita, la maja descarada, le recuerdan mucho a sus amigas Nise y Finea, que viven en una comedia de Lope de Vega.

Sí, doña Ángela va asistiendo a una representación que habla de teatro, de reformas que deben llevar a cabo los gobiernos para la instrucción del pueblo.

«La escena es en un café de Madrid». Así empieza la obra. Pero ¿qué café es éste, un café real de los que empezaban a abrirse en la capital, camaranchones desvencijados en los que se hacinaban sacos de paja, barriles, etc....? O, por el contrario, el autor ha concebido un espacio literario inspirado en los cafés venecianos que recreó para la escena su mentor y amigo Carlo Goldoni. Tal vez se trate de un híbrido de ambos: un apunte tomado del natural convertido en un espacio simbólico de orden, luz y razón, monumento del ideario ilustrado. El café, nuevo espacio de encuentro para la burguesía emergente, espacio de relación, para estar, para hablar, para leer el periódico y comentar la actualidad, para socializar aquello que hasta ese momento estaba reservado al ámbito de lo privado. Allí Moratín aprovecha para hacer su confidencia, tanto es así que se permite proyectarse en dos de los personajes de la obra: don Pedro, el intransigente defensor de la Reforma teatral, y don Antonio, observador divertido de los empeños de unos y otros por darle un sentido a los nuevos tiempos, unos tiempos que traerán, como señala el profesor Juan Carlos Rodríguez, la exaltación para el teatro de ese espacio doméstico que llamamos el cuarto de estar.

Doña Ángela asiste atónita a esta nueva forma de entender el teatro tanto en sus formas como en su contenido. Le resulta extravagante que el poeta haya llevado la acción a ese insólito lugar, un café que curiosamente está contiguo a un teatro, un

espacio de transición entre la escena y la calle, un espacio en donde se cristaliza la utopía de una dramática diferente, un espacio literalmente utópico: un no-lugar desde donde se enunciará un modelo vigente aún más de dos siglos después.

En su *Café Moratín* se encuentra *como en casa*: ha logrado crear un teatro acorde con una nueva sensibilidad desde el que se ríe de añejos dramas que relatan remotas hazañas épicas, y también de sus patéticos apologetas, como don Hermógenes, cuyo reloj se detiene de forma inexorable durante la representación. El reloj de don Hermógenes se para, y a partir de ese momento don Pedro como un renovado *deus ex machina* del Olimpo burgués impone un nuevo orden moral a base, como no podía ser de otro modo, de dinero contante y sonante. «Yo soy rico, muy rico» declara abiertamente el déspota ilustrado.

De un lado, pues, el teatro donde se representan acartonados y efectistas dramas históricos, y del otro la calle con los aires renovados que han llegado con la nueva dinastía borbónica y su afán reformista; en este sentido la comedia es una crónica tanto del teatro como de las gentes de aquel Madrid del último cuarto del siglo XVIII, un Madrid cuyo aspecto, según Mesonero Romanos, resultaba «indecoroso a pesar de las considerables, aunque parciales, reformas que había recibido de los tres monarcas anteriores: su alumbrado, su limpieza, su salubridad, su policía urbana eran poco más que insignificantes...»; opinión que contrasta abiertamente con la mirada de Beaumarchais en su vista a la capital cuando comenta que «desde que la obstinación del príncipe de limpiar la villa de Madrid venció la obstinación de los españoles de continuar entre las basuras, esta ciudad es una de las más limpias que jamás haya visto, con amplias avenidas, engalanada con numerosas plazas y fuentes públicas...» Dos visiones contrapuestas aunque ambas, a buen seguro, se correspondían con la realidad. Y en ese Madrid, en esa realidad, el teatro de su tiempo: sus obras y su público. Y allí, ahora, doña Ángela, compartiendo bancada con las majas y las damas de la emergente burguesía, tratando de averiguar por qué el joven poeta don Eleuterio pretende triunfar con una comedia escrita sin arte ni oficio, riéndose con la divertida figura de don

Hermógenes, el erudito a la violeta, un pedantón incorregible; o con don Serapio, un apasionado fino, es decir, un aficionado de pro, miembro destacado del grupo de los polacos, que así se conocía a los partidarios del teatro de la Cruz, cuya rivalidad con los chorizos, los forofos del Coliseo del Príncipe, desembocaba un día sí y otro también en disturbios y trifulcas generadas por las tentativas de unos y de otros de reventar las obras del rival.

Nuevas actitudes y nuevos tipos que Doña Ángela nunca había visto. Y así va transcurriendo el tiempo de la fábula y, cosa extraña, ese tiempo coincide con el del otro lado del proscenio, con el de la realidad; tanto es así que por un momento doña Ángela llega a creer que todos los presentes en el Coliseo forman parte de la parroquia de aquel café... Asiste, además, a una representación en la que el auditorio está prácticamente a oscuras, y eso le asombra casi tanto como el arte de los representantes que parecen moverse como se moverían en la calle; incluso, en ocasiones, los comediantes deciden callar durante la representación, y ese extraño silencio que logra enmudecer al auditorio le sobrecoge en lo más íntimo.

La función termina, se apagan las extrañas luminarias y todo queda a oscuras. El Coliseo está ahora vacío y doña Ángela se siente confusa. Tras un momento de indecisión decide salir al exterior para perderse por calles estrechas y sinuosas que alcanza a reconocer: son las mismas de entonces aunque ahora están pavimentadas y ya no hay que sortear las heces depositadas en la vía por el vertido de aguas sucias arrojadas desde las ventanas. Finalmente llega a la calle de Alcalá y se queda pasmada ante el nuevo aspecto que ésta presenta: las casas han ganado altura, se han levantado nuevos y majestuosos edificios contruidos con materiales desconocidos, una multitud transita luciendo sorprendentes indumentarias y los coches de caballos distan mucho de parecerse a los carruajes que conoce. Doña Ángela no sabe que se halla en el Madrid de finales del siglo XIX, una ciudad cuyo ambiente refiere de esta forma harto descriptiva el cronista Eduardo del Palacio en esta deliciosa estampa, tal que una sugestiva acotación escénica:

En algunas calles del centro los caballos o los vecinos dificultan el tránsito. En las noches de estío salen de los portales de casa, al parecer de bien, algunas piernas de caballero, señora o niño. Gentes que tienen calor y opiniones libres respecto a la policía urbana. Zánganos que juegan al toro sin reparar en transeúntes, que suelen resultar con alguna cornada del chico-toro o del granuja de puntas. En pleno día se ve en alguna calle céntrica una nube de polvo negro... En la mendicidad y el pauperismo, y las clases obreras y demás palabras, también se ha adelantado Madrid.

De repente salen al encuentro de nuestra dama unos estrafalarios personajes que declaran ser plazas y calles de Madrid... eso dicen, eso cantan, «somos calles, somos barrios, somos plazas de Madrid». Doña Ángela en un primer momento los toma como máscaras del Carnaval; alguien le indica que se trata de las viejas calles de Madrid que protestan porque van a ser arrasadas para crear una Gran Vía. En ese momento comienzan a bajar de las alturas unos grandes paneles representando extraños edificios; son cuadros para la escena al modo de las apariencias que se disponen en los corrales, sin embargo el tamaño, la forma y el asunto que representan son muy diferentes. Dirige, entonces, su mirada hacia lo alto y descubre una compleja maquinaria escénica: se halla en mitad de un amplio escenario donde entran y salen seres que se presentan ora como calles, ora como fuentes, ora como tipos...

Se trata de la revista cómico-lírica-fantástico-callejera titulada *La Gran Vía*: un espectáculo de libérrima estructura en el que la ciudad es la protagonista y donde, a pesar de sus números jocosos y desenfadados, se percibe una velada denuncia hacia las autoridades del momento, cuyo empeño por centrarse en proyectos faraónicos, con sus consabidos chanchullos y comisiones, es equiparable a su desidia a la hora de atender las necesidades básicas de la ciudad. Doña Ángela percibe el descontento en ese otro pueblo que ahora se exhibe en aquel gran tablado. Un pueblo insumiso que se queja de las decisiones que adopta la autoridad, y lo hace con gracejo, con sorna, con un humor punzante, pero en el fondo resignado. Y recuerda cómo en su tiempo el pueblo también se soliviantó por la escasez de

pan en una revuelta que dieron en llamar «El motín de los gatos». Ella formó parte de aquella muchedumbre que se dirigió enervada a las puertas del Alcázar hasta que el propio monarca les aplacó los ánimos cuando se comprometió a cesar al válido de turno. Y es que Madrid siempre ha sobrellevado con humor los delirios de grandeza de sus corregidores.

Trata de alejarse de la escena pero no lo consigue. A punto está de caer a un enorme foso poblado por docenas de músicos que tañen instrumentos que le resultan desconocidos... Se agazapa junto a la concha del apuntador y allí queda inmóvil como una tortuga fantasmal abrumada por la música, los cantos y las danzas hasta que sobreviene el deslumbrante y apoteósico final del espectáculo. El público rompe a aplaudir y, seguidamente, abandona el lugar.

Doña Ángela ha quedado a solas en el esplendoroso teatro Apolo; un enorme recinto que más se asemeja a un palacio que a un teatro. Ciertamente, medita doña Ángela, parece concebido por y para los dioses. Está construido con piedra blanca y hierro fundido... A doña Ángela le impresionan los mármoles de sus columnas, las suntuosas balaustradas, sus deslumbrantes cristalerías y aquellas formidables lámparas que iluminan el *foyer*. Compara el recinto con los humildes corrales de comedias donde hasta el momento le ha correspondido desarrollar su vida escénica; sobrecogida abandona el lugar dando de nuevo con sus trazas en la calle de Alcalá. La fisonomía de la antigua vía le resulta casi irreconocible. Nuevos y ciclópeos edificios se han construido en un abrir y cerrar de ojos, así por ejemplo uno coronado por una gran estatua de la diosa Atenea que se erige exactamente enfrente del teatro Apolo.

Emprende su camino hacia no se sabe dónde entre la penumbra de una noche desabrida. La niebla empieza a espesar. De pronto se sobresalta al sentir el roce de un gato. El animal entra en una covacha atiborrada de libros viejos. Se oye la voz malhumorada de un hombre que dice:

¡No pienses que no te veo, ladrón!

El gato responde:

-¡Fu!¡Fu!¡Fu!

Y ladra un perro:

¡Guau!

Y hay un loro que dice:

¡Viva España!

Doña Ángela, atemorizada va a salir cuando tropieza con dos hombres. Uno de ellos le parece uno de aquellos ciegos que tantas veces ha visto y oído cantar romances en la puerta de Guadalajara. El ciego pronuncia unas palabras que le procuran un vago estremecimiento:

Mal Polonia recibe a un extranjero.

Doña Ángela ha escuchado esas palabras antes, pero no recuerda dónde. Tropieza con un rintero de libros y entonces cae en la cuenta de que nadie es capaz de verla. La dama duende decide entonces acompañar al estrafalario personaje por aquel Madrid absurdo, brillante y hambriento. Y emprende una travesía por una ciudad fantasmagórica: calles solitarias con las puertas y ventanas cerradas, con faroles rotos, con guardias a caballo que patrullan las calles, con mujeres pintadas como carretas... Y borrachos, y lunáticos, y filósofos peripatéticos... Madrid bohemio y espectral.

Doña Ángela asiste con pasmo al vía crucis de un personaje que como ella ha empezado su obra saliendo a la calle y, después de sufrir diversos incidentes a lo largo de la noche, ha terminado regresando a las puertas de su casa en la calle San Cosme para morir... ¿Será ése el destino de las figuras que empiezan de ese modo? Ella sabe que no, trata de tranquilizarse, sabe que le corresponde un final feliz, que termina casándose con el galán, pero ahora se encuentra tan lejos de su aposento con su mágica alacena...No, definitivamente, su comedia no tiene nada que ver con esta lúgubre historia.

En cualquier caso ha decidido acompañar al hombre durante toda su peripecia callejeando de un lado a otro hasta el amanecer, «de la calle San Cosme hasta la librería del Horno de la Ma-



ta, y de ahí al Ministerio de Gobernación, y a las verjas del Botánico, y a una buñolería apestosa de aceite, y a una taberna, y a una redacción de periódico, y así hasta la primera palidez de la amanecida, cuando muere aquel infeliz poeta de odas y madrigales».

Doña Ángela está sobrecogida. Son nuevas para ella todas las sensaciones que le ha procurado esta nueva representación. Es, como había anunciado el ciego, un paseo de figuras deformadas por unos espejos extravagantes. El lenguaje, los gestos, las luces y las sombras le resultan absolutamente insólitos. Un Madrid sórdido y crispado que le disgusta, si bien percibe en cada mutación una nueva verdad. Sospecha que el teatro de cada época busca nuevas formas de mostrar la realidad de los seres humanos. Y esta realidad, en esta ocasión, no es la exultante y triunfal de la corte del buen rey Felipe, la Villa alegre y orgullosa de saberse el corazón de un Imperio.

Cuando acaba la función, doña Ángela se mezcla con el público y una vez más sale a la calle. En el vestíbulo del teatro recoge diversos comentarios: la obra ha tardado más de treinta años en estrenarse, ha habido que esperar hasta 1971. ¿1971? ¿El mundo podía llegar tan lejos?, se pregunta atónita. En la calle le sorprenden las luces, los prodigiosos vehículos, las vestimentas de la gente, la radiante iluminación de las calles en la noche... está estupefacta. Se le acerca entonces un desconocido que le invita a tomar una copa. ¿Una copa? La dama acepta turbada y confusa la compañía y protección del caballero. Juntos entran en una especie de taberna en cuya entrada figura una leyenda con una extraña palabra: «Chicote».

El diálogo que allí mantienen es más o menos el siguiente:

- Permita que me presente, me llamo Miguel y escribo comedias.
- Yo soy Ángela y soy la dama duende.
- ¿También es usted humorista?
- No señor, yo nací en Madrid.
- Qué casualidad, yo también nací en Madrid. De hecho, Madrid existe por mí. Madrid se inventó para que yo naciera.

A esas alturas de la conversación Doña Ángela está convencida de que se halla enfrente de un lunático. Sin embargo, le escucha con atención mientras ingiere un extraño brebaje que el sirviente que lo ha servido denomina coctel.

- Verá... -prosigue el caballero. Cuando yo estaba a punto de nacer, Madrid no estaba inventado todavía, y hubo que inventarlo precipitadamente para que naciese yo y para que naciese otro señor bajito, cuyo nombre no recuerdo en este momento, y que también quería ser madrileño. [...] Yo había decidido nacer en Madrid, porque pensé que era el sitio que me cogía más cerca del bar "Chicote". Hubiera podido nacer en Burgos, o en Sevilla, sin ningún esfuerzo, porque ambas capitales estaban terminadas ya; pero esto me hubiera pillado muy lejos para ir a tomar el aperitivo, y entonces no había trenes, ni taxis, ni tranvías, como ahora.

Doña Ángela no concibe que una persona que dice tanto dislate pueda ser un poeta de comedias, y entonces bajo los efectos de los licores se entrega divertida a imaginar qué clase de teatro puede escribir este hombre y qué clase de público puede llegar a entenderlo, y piensa que la ciudad tal vez se esté convirtiendo en un gran asilo de lunáticos donde tan locos son quienes representan aquel teatro como quienes lo contemplan.

Cuando vuelve en sí de su ensoñación doña Ángela repara en que don Miguel está departiendo animadamente con dos descocadas damas que responden a los extraños nombres de Maribel y Niní. No queriendo interrumpir su entretenido coloquio y envalentonada por el brebaje de Chicote, decide salir sola a la calle.

Lo que ve le hace pensar que de nuevo se halla en un gran escenario: gentes de todo pelaje y condición, de múltiples razas y procedencias, que parecen hablar solos con artefactos que acercan al oído, orientales vendedores de alhajas que emiten luces de colores, personas cuyos cabellos lucen insólitos colores, otras con el rostro perforado por alfileres y argollas, mujeres que muestran el vientre y la espalda con dibujos sobre la piel, gentes que se entregan a efusiones amorosas incluso perteneciendo al mismo sexo, ¡no hay clérigos!... Las fachadas de las cosas muestran fantásticas imágenes iluminadas en movimien-

to, por el cielo cruza una especie de gigantesco insecto metálico que emite un ruido que a nadie parece llamar la atención... ¿Habrá ido a parar a un nuevo y enorme tablado de dimensiones colosales? ¿Pero dónde están los espectadores? Tal vez, concluye, Madrid se ha convertido en un gigantesco coliseo donde todos son a la vez representantes y concurrentes.

Sus cavilaciones son bruscamente interrumpidas por un jinete que cabalga una bestia rugiente y que está a punto de arrollarla. Del interior de su yelmo sale una voz increpante:

- ¿Tú de dónde has salido?

De una obra de Calderón, contesta, desesperada, doña Ángela.

- Pues eso no es por aquí. Sube que te llevo.

La dama monta en una extraña máquina, semejante a un caballo, un veloz hipogrifo violento que entre ruidos ensordecedores y múltiples ventosidades la deja ante la puerta de un teatro. Para su sorpresa la recibe un aposentador que la arrastra hacia la oscuridad mientras le increpa ¿Dónde te habías metido? ¡Vamos, de prisa, que la función ya ha empezado!

De pronto, doña Ángela atisba un escenario iluminado, y allí unas figuras y unas palabras que conoce muy bien:

Por un hora no llegamos  
A tiempo de ver la fiestas  
Con que Madrid generosa  
Hoy el bautismo celebra  
Del primero Baltasar.

Rompe a llorar de emoción. Por fin, sí, no cabe duda, es él, don Manuel, el joven galán de su comedia.

Y sin pensarlo dos veces irrumpe como un torbellino en escena diciendo con determinación:

Si como lo muestra el traje  
sois caballero de obligaciones  
y prendas, amparad a una mujer  
que ha valerse de vos llega  
honor y vida me importa  
que aquel hidalgo no sepa  
quién soy y que no me siga

estorbad por vida vuestra  
a una mujer principal  
una desdicha, una afrenta  
que podrá ser que algún día...  
Adiós, adiós que voy muerta.

Doña Ángela finalmente ha logrado regresar a su ficticio Madrid de comedia barroca recuperando plenamente su condición de personaje dramático, tras haber disfrutado por unos instantes de un recorrido por otros teatros y otros tiempos de una misma ciudad. En estos momentos podemos contemplarla en el teatro de la Comedia, un teatro que ha sufrido una prolongada remodelación y que por fin hoy, en este año del 2009 acaba de abrir sus puertas al respetable con una esmerada puesta en escena de esta deliciosa obra escrita hace casi cuatrocientos años por un ilustre vecino de la villa.

Y es que en los escenarios del Madrid de hoy renacen periódicamente esos otros Madrid que, a través, de otras tantas obras han ido mostrándonos su voz, su latido y su eterna vocación de ciudad que se reinventa día a día en un constante juego de espejos y máscaras.